

## CAPÍTULO IX

---

### **De las causas principales que tienden á mantener la república democrática en los Estados Unidos.**

La república democrática subsiste en los Estados Unidos. El fin principal de este libro es dar á conócer las causas de este fenómeno. Entre estas causas hay varias hacia las cuales el curso rápido de mi asunto me ha conducido, aun á pesar mío, y que no he hecho más que indicar de pasada. Otras hay de que no he podido ocuparme, y aquéllas sobre que me ha sido permitido extenderme se han quedado tras mí como sepultadas debajo de los pormenores. He creído que antes de ir más adelante y hablar de lo venidero, debo reunir en un cuadro estrecho todas las razones que explican el presente. En esta especie de resumen seré breve, porque tendré cuidado de no hacer más que recordar, muy sumariamente al lector, aquéllo que ya conoce, y entre los hechos que aún no he tenido acasión de exponer, sólo escogeré los principales.

Creo que todas las causas que tienden al mantenimiento de la república democrática en los Estados Unidos pueden reducirse á tres:

La situación particular y accidental en la cual la Providencia ha puesto á los americanos, forma la primera;

La segunda proviene de las leyes;

Y la tercera se deriva de los hábitos y las costumbres.

---

DE LAS CAUSAS ACCIDENTALES Ó PROVIDENCIALES QUE CONTRIBUYEN AL MANTENIMIENTO DE LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA EN LOS ESTADOS UNIDOS

La Unión no tiene pueblos vecinos.—Punto de gran capital.—La América es un país vacío.—Cómo sirve esta circunstancia poderosamente para el mantenimiento de la república democrática.—Manera de poblarse los desiertos de América.—Avidez de los angloamericanos para apoderarse de las solitarias comarcas del Nuevo Mundo.—Influencia del bienestar material en las opiniones políticas de los americanos.

Existen mil circunstancias independientes de la voluntad humana que en los Estados Unidos hacen que la república sea democrática: se conocen unas, y otras son fáciles de darse á conocer. Me limitaré á exponer las principales.

Los americanos no tienen vecinos, y, por consecuencia, nada de grandes guerras, de crisis en el Erario público, de extragos ni de conquistas hay que tener; no necesitan de crecidos impuestos, ni de ejército numeroso, ni de grandes generales; casi nada tienen que temer de un azote más tremendo para la repúblicas que todos esos juntos: la gloria militar. ¿Cómo, negar la increíble influencia que ejerce la gloria militar en el espíritu del pueblo? El general Jackson, á quien han elegido los americanos dos veces para ponerle á la cabeza de ellos, es hombre de un genio violento y de mediana capacidad; en todo el transcurso de su carrera nada había probado nunca que tuviese las cualidades requeridas para gobernar un pueblo libre y, por lo mismo, la mayoría de las clases ilustradas de la Unión se le han mostrado siempre opuestas.

¿Quién es, pues, el que le ha colocado en el lugar del presidente y le mantiene aún en él?, sólo el recuerdo de una victoria que logró hace veinte años en las murallas de Nueva Orleans; pues bien, esta victoria fué un hecho de armas muy ordinario, del cual no se ocuparía por mucho tiempo sino en un país en que no se dan batallas; y este pueblo que se deja llevar así del prestigio de la gloria, es de seguro el más frío, el más calculador, el menos mi-

litar, y si puedo expresarme de este modo, el más prosaico de todos los pueblos del mundo.

La América no tiene gran capital (1), cuya influencia directa ó indirecta se haga sentir en todo el territorio, lo que considero como una de las primeras causas del mantenimiento de las instituciones republicanas en los Estados Unidos. En las ciudades apenas se puede impedir á los hombres que se concierten, se acaloren en común y tomen resoluciones súbitas y apasionadas. Las ciudades forman como grandes asambleas, de las cuales son miem-

---

(1) La América no tiene todavía capital, pero sí grandes ciudades. Filadelfia contaba en 1830 ciento sesenta y un mil habitantes; y Nueva York doscientos dos mil. El pueblo bajo, que habita estas grandes ciudades forma un populacho aún más peligroso que el de Europa. Se compone, en primer lugar, de negros manumitidos, á quienes la ley y la opinión condenan á un estado de degradación y miseria hereditarias. También se encuentran en ella una multitud de europeos de esos á quienes la desgracia y la mala conducta arrastran cada día hacia las riberas del Nuevo Mundo: estos hombres llevan á los Estados Unidos nuestros mayores vicios y no tienen ninguno de los intereses que podrían combatir en su propio ánimo, tan mala influencia. Habitando el país sin ser ciudadanos de él, están prontos á sacar partido de todas las pasiones que le agiten, y por eso hemos visto desde algún tiempo á esta parte alborotos de cuantía en Filadelfia y Nueva York. Semejantes desórdenes son desconocidos en lo demás del país, el cual no se inquieta, porque la población de las ciudades no ha ejercido hasta ahora ningún poder ni ninguna influencia en la de los campos.

Yo, sin embargo, miro la magnitud de ciertas ciudades americanas y en especial la naturaleza de sus habitantes, como un verdadero peligro que amenaza al porvenir de las repúblicas democráticas del Nuevo Mundo, y no tengo reparo en predecir que á causa de esto perecerán; á no ser que el gobierno consiga crear una fuerza armada que al mismo tiempo que permanezca sometida á las disposiciones de la mayoría nacional, sea, sin embargo, independiente del pueblo de las ciudades y pueda reprimir sus excesos (\*).

(\*) Excusado creo decir que ya tienen los Estados Unidos un importante número de grandes urbes, y que hasta hoy nada anuncia el cumplimiento de los pesimismos proféticos de Tocqueville respecto á la influencia de la emigración europea.

Sin embargo, en estas grandes masas de malaventurados y vividores, ven muchos, Gustavo Levon entre ellos, un fermento de barbarie, de retroceso y de disolución para la gran república norteamericana.

bros todos los habitantes. El pueblo ejerce allí un influjo prodigioso en sus funcionarios públicos, y suele ejecutar sin persona intermedia sus disposiciones.

Someter las provincias á la capital, es entregar la suerte de todo el imperio, no sólo en manos de una porción del pueblo, lo cual es injusto, sino en las del pueblo que procede directamente por sí mismo, lo cual es peligrosísimo. La preponderancia de las capitales causa un grave perjuicio al sistema representativo. Hace que incurran las repúblicas modernas en las faltas de las antiguas, las cuales perecieron todas por no haber conocido dicho sistema.

Me sería fácil enumerar un elevado número de otras causas secundarias que han facilitado el establecimiento, y garantizan la conservación de la república democrática en los Estados Unidos; pero en medio de esta multitud de favorables circunstancias, veo dos principales, que al punto voy á indicar.

Ya he dicho que veía en el origen de los americanos, en lo que he llamado su punto de partida, la primera y la más eficaz de todas las causas á que pueda ser atribuída la prosperidad actual de los Estados Unidos. Los yanquis, han tenido, en favor suyo, la ventaja del nacimiento: sus antepasados importaron en el suelo que habitan la igualdad de condiciones y de inteligencias, de lo cual la república democrática debía surgir algún día, como de su fuente natural. Diré más; con un estado social republicano, aquéllos legaron á sus descendientes los hábitos, las ideas y las costumbres más á propósito para que florezca la república. Cuando considero los efectos producidos por este hecho original, creo estar viendo toda la suerte de América encerrada en el primer puritano que arribó á sus costas, así como veo todo el linaje humano en el primer hombre.

Entre las circunstancias felices que han favorecido también el establecimiento y aseguran la permanencia de la república democrática en los Estados Unidos; la primera por su importancia, es la elección del mismo país que los americanos habitan. Sus antepasados les han dado el amor á la igualdad y á la libertad; pero es Dios mismo quien, dándoles un continente sin límites, les ha concedido los medios de permanecer por largo tiempo iguales y libres.

El bienestar general facilita la estabilidad de todos los gobiernos, pero particularmente del democrático, el cual descansa en las

disposiciones del mayor número, y, en especial, en las de aquéllos que se hallan más propensos á las necesidades. Cuando gobierna el pueblo, es necesario que sea dichoso, para que no trastorne el Estado, pues la miseria produce en él lo que la ambición entre los reyes. Pues bien, las causas materiales é independientes de las leyes, que pueden producir el bienestar, son más numerosas en América que lo han sido en ningún país del mundo en ninguna época de la historia.

En los Estados Unidos, no sólo la legislación es democrática, sino que la misma naturaleza trabaja por el pueblo. ¿Dónde hallar entre los recuerdos del hombre nada de semejante á lo que ante nuestros ojos pasa en América del Norte? Las celebradas sociedades de la antigüedad fueron todas formadas en medio de pueblos enemigos, á los que fué preciso vencer para establecerse en su lugar. Los modernos mismos han hallado en algunas partes de la América del Sur vastas comarcas habitadas por pueblos menos ilustrados que ellos, pero que ya se habían apropiado el suelo, cultivándole. Para fundar sus nuevos Estados les ha sido necesario destruir ó esclavizar numerosas poblaciones, haciendo enrojecerse á la civilización con sus triunfos (1).

Pero la América del Norte no estaba habitada sino por tribus errantes, que no pensaban en utilizar las riquezas de su suelo. La América del Norte era todavía, hablando con exactitud, un conti-

---

(1) Observaciones hechas por el mismo autor y confirmadas luego por la sociología han puesto de manifiesto que la vecindad de un pueblo civilizado y progresivo, acaba por producir la extinción de los pueblos salvajes; y esto, que es una ley sociológica, secuela sin duda de la ley de selección, hace, según Tocqueville, enrojecerse á la civilización, cuando se ha cumplido por el lado de España! ¿Qué van haciendo los yanquis con las pieles rojas de sus comarcas? El mismo Tocqueville dice que van siendo estrechados y acosados por las tropas de la gran república, y asimismo más adelante refiere cómo se les va destruyendo, y afirma que no hay por allí, fuera de dichos salvajes, quien no sepa cómo podría evitarse la ruina de éstos; y sin embargo, ¿quién hace nada por evitar ruina semejante?

Además, actos de barbarie registra expansión colonizadora de todos los pueblos modernos, y la política colonial de los mismos en su acción dominadora; y gubernativa (represalias contra los cipayos, rapto de las mujeres australianas).

nente vacío, una tierra desierta, que se hallaba en espera de habitantes. Todo es extraordinario entre los americanos, tanto su estado social como sus leyes; pero todavía más extraordinario aún, es el suelo que los sustenta.

Cuando la tierra fué dada al hombre por el Criador, era ella nueva é inagotable, é ignorantes y débiles los hombres; mas cuando aprendieron éstos á sacar partido de los tesoros que aquélla encerraba en su seno, cubrían ya su superficie, y muy pronto tuvieron que combatir para obtener el derecho de poseer allí un asilo y reposar en libertad. Entonces se descubre la América del Norte, comò si Dios la hubiese tenido en reserva y no hiciese más que salir ella de bajo las aguas del diluvio. Presenta, como lo hiciera en los primeros días de la creación, ríos cuyo manantial no se agota; verdes y húmedos páramos; campos sin fin, que todavía no ha revuelto el arado del labrador. En tal estado, no es al hombre aislado, ignorante y bárbaro de las primeras edades á quien se brinda, sino al ya poseedor de los secretos más importantes de la naturaleza, asociado con sus semejantes é instruído por una experiencia de cincuenta siglos.

En el momento en que escribo estas líneas, trece millones de europeos civilizados se extienden tranquilamente por desiertos fértiles, de los cuales ellos mismos desconocen los recursos y la extensión de un modo exacto. Tres ó cuatro mil soldados empujan delante de ellos la raza errante de los indígenas, y detrás de los hombres armados avanzan leñadores que rompen las selvas, espantan las fieras, exploran el curso de los ríos y preparan la marcha triunfante de la civilización á través de aquellos desiertos.

En el transcurso de esta obra, he hecho alusión frecuentemente al bienestar material que disfrutaban los americanos, y lo he indicado como una de las grandes causas del éxito de sus leyes. Esta razón la habían dado ya otros muchísimos antes que yo: es la única que, cayendo en cierto modo bajo el conocimiento de los europeos, se ha hecho popular entre nosotros. No me extenderé, pues, sobre un punto con tanta frecuencia tratado y tan bien comprendido, y sólo me contentaré con añadir la referencia de algunos hechos nuevos.

Por lo general, se figura la gente que los desiertos de América se pueblan con los emigrados europeos que todos los años arriban

al Nuevo Mundo, al paso que la población americana crece y se multiplica en el territorio que ocuparon sus padres, lo cual es una gran equivocación: que el europeo que arriba á los Estados Unidos llega allí sin amigos y á menudo sin recursos, está obligado para vivir á alquilar sus servicios, y es raro verle transpasar la gran zona industrial que se extiende á lo largo del Océano. No se podría descuajar el desierto sin capital ó sin crédito, y antes de arriesgarse por entre las selvas, es indispensable que el cuerpo se acostumbre á los rigores de un clima nuevo. Son, pues, los americanos quienes abandonan con frecuencia el lugar de su nacimiento y van á crearse vastas posesiones á lo lejos. Así es que el europeo deja su cabaña para ir á habitar en las riberas trasatlánticas, y el americano, que ha nacido en estas mismas riberas, se interna en las soledades de la América central (1). Este doble movimiento de emigración no se detiene nunca, comienza en las entrañas de Europa, continúa en el Grande Océano, y sigue por entre las soledades del Nuevo Mundo. Millones de hombres marchan á la vez hacia el mismo punto del horizonte; su lengua, su religión, sus costumbres difieren, su fin es común. Se les ha dicho que la fortuna se hallaría en cualquier punto hacia el Oeste, y se les rendiría.

Nada es comparable con esta mudanza continua de la especie humana, sino acaso lo que sucedió en la caída del Imperio romano. Entonces también se vió correr á los hombres en tropel hacia el mismo punto, y encontrarse tumultuosamente en los mismos lugares, pero los designios de la Providencia eran diferentes. Cada recién venido llevaba en pos de sí la destrucción y la muerte, y hoy cada uno de ellos lleva consigo un germen de prosperidad y de vida.

Las consecuencias lejanas de esta emigración de los americanos hacia Occidente; nos las oculta todavía el porvenir; pero los resultados inmediatos son fáciles de reconocer; alejándose cada año una parte de los antiguos habitantes de los Estados en que nacieron, estos Estados no se pueblan sino muy lentamente, aunque

---

(1) Bajo esta denominación, entiende Tocqueville el interior del territorio yanqui y no el Istmo que enlaza entrambas Américas.—  
(N. del T.)

envejecen, y así, en Connecticut, que sólo cuenta todavía cincuenta y nueve habitantes por milla cuadrada, la población no se ha acrecentado más que en una cuarta parte desde cuarenta años acá, al paso que en Inglaterra lo ha sido de un tercio durante el mismo período. Así, pues, el emigrado de Europa siempre arriba allí á un país á medio habitar, en donde faltan brazos para la industria; se hace un obrero acomodado; su hijo va á buscar suerte en un país vacío, y llega á ser un propietario rico.

El primero amontona el capital que hace valer el segundo, y no existe casi la indigencia ni entre los extranjeros ni entre los naturales.

La legislación de los Estados Unidos favorece, en cuanto es posible, la división de la propiedad; pero una causa más poderosa que la legislación impide que se divida la propiedad extremadamente (1), como se observa con facilidad, en los Estados que al cabo empiezan á llenarse: el Massachuset es el país más poblado de la Unión; tiene ochenta habitantes por milla cuadrada, lo cual es tener infinitamente menos que Francia, en la que hay ciento sesenta y dos por cada porción igual de terreno. Sin embargo, en Massachuset es ya raro que se dividan las pequeñas propiedades: el hijo mayor toma, en general, la tierra y los menores van á buscar fortuna en el desierto. La ley ha abolido los mayorazgos; pero se puede decir que la Providencia los ha restablecido, sin que nadie tenga que quejarse, y esta vez, por lo menos, no ofenden á la justicia.

Por un solo hecho se juzgará del número prodigioso de individuos que dejan así á Nueva Inglaterra para transportar sus hogares al desierto. Se nos ha asegurado que en 1830, entre los miembros del Congreso había treinta y seis que eran naturales del pequeño Estado de Connecticut. La población de este último Estado, que no forma más que la cuadragésima tercera parte de los Estados Unidos, proporcionaba el octavo de los representantes de los nuevos Estados del Oeste.

Si estos treinta y un individuos se hubiesen quedado en el Connecticut, es probable que en vez de ser ricos propietarios, hubie-

---

(1) En Nueva Inglaterra está fraccionado el territorio en pequeñas propiedades; pero ya no se divide más.



ran permanecido siendo pequeños labradores, hubieran vivido en la obscuridad y no hubiesen hecho carrera política, y lejos de hacerse legisladores útiles, hubieran sido peligrosos ciudadanos.

Estas consideraciones lo mismo alcanzan al entendimiento de los americanos que al nuestro. «No cabe duda—dice al canciller Kent en su *Tratado de derecho americano* (tomo IV, pág. 380)—que la división de las propiedades, llevada al extremo, debe producir grandes males, en términos que cada parcela de tierra no pueda ya proveer al mantenimiento de una familia, inconvenientes que nunca se han experimentado en los Estados Unidos, y muchas generaciones han de pasar sin que esto suceda. La extensión de nuestro territorio inhabitado, la abundancia de las tierras vecinas, y el torrente continuo de emigraciones, que partiendo de las orillas del Atlántico se dirigen sin cesar hacia lo interior del país, bastan ó bastarán aún durante mucho tiempo para impedir el fraccionamiento excesivo de las herencias».

Sería difícil describir el ansia con que se arroja el americano sobre esta presa inmensa que le ofrece la fortuna. Para perseguirla arrostra sin temor la flecha del indio y las enfermedades de los desiertos; el silencio de los bosques no le impone; la proximidad de las bestias feroces no le conmueve: una pasión más vehemente que el amor á la vida le espolea sin cesar. Ante él se extiende un continente casi ilimitado, y se diría que temiendo no encontrar ya lugar, se apresuran temerosos de llegar tarde.

He hablado de la emigración de los antiguos Estados; pero ¿qué diré de la de los nuevos? No hace cincuenta años que se fundó el Ohío; el mayor número de sus habitantes no ha visto allí la luz; su capital no cuenta treinta años de existencia un inmenso espacio de eriales cubre todavía su territorio, y ya, no obstante, la población del Ohío se ha puesto en camino hacia el Oeste; la mayor parte de los que descienden á las fértiles praderas del Illinois son habitantes del Ohío. Estos hombres han abandonado su primera patria para estar bien, y abandonan la segunda para estar aún mejor: casi siempre dan con la fortuna, pero no con la felicidad.

Entre ellos, el deseo del bienestar se ha hecho una pasión inquieta y fogosa, que se acrecienta con su misma satisfacción. Antiguamente rompieron los lazos que les ataban al suelo natal, y

desde entonces acá no han formado otros. Para ellos, la emigración principió siendo una necesidad, y hoy ya ha venido á ser á sus ojos una especie de juego de azar cuyas conmociones les deleitan lo mismo que las ganancias.

Algunas veces, el hombre allí cruza tan deprisa que reaparece el desierto tras él, pues como la selva no ha hecho más que ceder bajo su planta, una vez pasado él, vuelve ella á levantarse. Al recorrer los nuevos Estados del Oeste, no es raro encontrar habitaciones abandonadas en medio de los bosques, y aun muchas veces se descubren los restos de una cabaña en lo más profundo de la soledad; y admira ver al atravesar aquellos desmontes bosquejados, el poderío y la inconstancia del hombre. Entre estos campos abandonados, por encima de estas ruinas de un día, la antigua selva no tarda en echar nuevos brotes; los animales vuelven á tomar posesión de su imperio; la naturaleza llega risueña para cubrir con ramos verdes y flores los vestigios del hombre, y no pierde tiempo en hacer desaparecer su efímera huella.

Me acuerdo que al atravesar uno de los cantones desiertos que todavía cubren el Estado de Nueva York, llegué á las orillas de un lago rodeado por todas partes de bosques, como lo estuvieran al principio del mundo. Sobresalía una islita en medio de las aguas, y la densa floresta que la cubría, extendiendo alrededor de ella el ramaje, ocultaba enteramente sus orillas. En los ribazos del lago no había nada que anunciase la presencia del hombre; sólo se columbraba en el horizonte una columna de humo, que yendo perpendicularmente de la cima de los árboles hasta las nubes, antes parecía estar pendiente del cielo que subir á él. Había una piragua india sobre la arena de la margen del lago en que yo estaba, y la utilicé para ir á visitar la isla que había llamado mi atención, y no pasó mucho rato sin que llegara yo á su playa. La isla toda, formaba una de aquellas deliciosas soledades del Nuevo Mundo, que casi hacen sentir con delectación al hombre civilizado la vida salvaje. Una vegetación vigorosa anunciaba, por sus maravillas, las riquezas incomparables del terreno. Allí reinaba, como en todos los desiertos de la América septentrional, un silencio profundo, que no era interrumpido sino por el arrullo monótono de las palomas zuritas ó por los picotazos que daba el pico-verde en la corteza de los árboles. Me hallaba muy lejos de creer que en otro

tiempo hubiera sido habitado aquel lugar, por cuanto, al parecer, estaba todavía allí abandonada la naturaleza á sí misma; pero no bien hube llegado al centro de la isla, cuando me pareció de repente encontrar vestigios del hombre. Examiné atentamente todos los objetos circunvecinos, y no dudé ya que un europeo había venido á buscar un refugio en aquel sitio. Pero ¡cuánto había mudado de aspecto su obra! La madera que en otro tiempo había cortado aceleradamente, con el fin de resguardarse con ella, había echado retoños; las cercas que él levantara, se habían trocado en setos vivos, y su cabaña estaba transformada en un bosquecillo.

En medio de mil arbustos aun se veían algunas piedras ennegrecidas por el fuego y esparcidas alrededor de un montoncillo de cenizas; sin duda en aquel sitio estaba el hogar, y la chimenea, viniéndose abajo, le había cubierto con sus escombros. Estuve admirando algún rato en silencio los recursos de la naturaleza y la flaqueza del hombre, y cuando tuve por fin que apartarme de aquellos lugares encantados, iba todavía repitiendo con tristeza: ¿Y qué? ¡Ya, ruinas!

En Europa estamos acostumbrados á mirar como un gran peligro social la inquietud del espíritu; el deseo inmoderado de las riquezas, y el extremado amor á la independencia, cosas todas precisamente que aseguran á las repúblicas americanas un extenso y pacífico porvenir. Sin estas pasiones inquietas se reconcentraría la población alrededor de ciertos lugares, y pronto experimentaría, como pasa entre nosotros, necesidades difíciles de satisfacer. ¡Cuán dichoso es el Nuevo Mundo, porque allí los vicios del hombre son tan útiles á la sociedad casi como las virtudes!

Esto ejerce un gran influjo en la manera como se juzgan las acciones humanas en ambos hemisferios. Los americanos suelen llamar industria loable á lo que nosotros llamamos amor á la ganancia, y ellos ven cierta poquedad de corazón en lo que nosotros consideramos como la moderación de los deseos.

En Francia, se miran la simplicidad de gustos, la tranquilidad de costumbres, el espíritu de familia y el amor del lugar del nacimiento, como grandes garantías de sosiego y ventura para el Estado; pero en América nada parece más nocivo á la sociedad que semejantes virtudes. Los franceses del Canadá, que han conservado fielmente las tradiciones de las antiguas costumbres, encuen-

tran en esto dificultad para vivir en su territorio; y ese pueblecito, que acaba de nacer, muy pronto será presa de las miserias de las viejas naciones. En el Canadá, los hombres que tienen más cultura, patriotismo y humanidad, hacen esfuerzos extraordinarios porque el pueblo aborrezca la sencilla dicha que todavía le es suficiente. Ellos celebran las ventajas de la riqueza, lo mismo que entre nosotros se encomiarían quizá los encantos de una honrada mediocridad y atienden más á estimular las pasiones humanas que cuanto en otra parte se hace por calmarlas. Cambiar los placeres puros y tranquilos que la patria presente al pobre mismo, por los estériles goces que da el bienestar bajo un cielo extranjero; desprenderse del hogar paterno y de los campos en que reposan sus antepasados, abandonar á los vivos y á los muertos para correr en pos de la fortuna, no hay nada que á sus ojos merezca más alabanzas.

En nuestros tiempos la América entrega á los hombres un campo de producción mucho más crecido de lo que pudiera ser la industria que le hace valer. En América, pues, debe distribuirse más y más la instrucción, porque todas las luces, al mismo tiempo que pueden ser útiles al que las posee, se truecan á la par en provecho de los que no las tienen. Las nuevas necesidades no son allá de temer, porque todas las necesidades se satisfacen allí fácilmente; tampoco hay por qué impedir que allí nazcan demasiadas pasiones, puesto que todas ellas encuentran un alimento fácil y saludable; de igual modo no hay por qué temer que sean los hombres demasiado libres, porque casi nunca intentan hacer mal uso de la libertad.

Las repúblicas americanas de nuestros días son como compañías mercantiles formadas para beneficiar de mancomún las tierras desiertas del Nuevo Mundo, y ocupadas en un comercio que prospera. Las pasiones que agitan más profundamente á los americanos, son pasiones comerciales y no políticas, ó más bien, transportan á la política los hábitos del comercio. Aman el orden, sin el cual no pueden prosperar los negocios, y se apegan particularmente á la regularidad de las costumbres, la cual funda las buenas casas; prefieren el buen sentido, que crea las grandes fortunas, al genio, que suele disiparlas; las ideas generales asustan á sus ánimos acostumbrados á cálculos positivos, y entre ellos, la práctica está más honrada que la teoría.

Hay que ir á América para comprender el poder que ejerce el

bienestar material en las acciones políticas y hasta en las mismas opiniones, las cuales deberían estar sujetas solamente á la razón. Es entre los extranjeros, donde se descubre particularmente la verdad de esto. La mayor parte de los emigrados de Europa llevan al Nuevo Mundo aquel amor salvaje de independencia y mudanza que tan á menudo nace en medio de nuestras miserias económicas; al atravesar uno de los distritos más remotos de Pensilvania, me cogió en medio del campo la noche, y fuí á pedir albergue á la puerta de un rico plantador: era un francés, el cual me mandó que me sentara junto á su hogar, y nos pusimos á conversar libremente, cual conviene á personas que se encuentran en lo hondo de un bosque, distantes dos mil leguas del país en que nacieron. No ignoraba que mi huésped había sido gran nivelador cuarenta años atrás y un fogoso demagogo.

Su nombre había permanecido en la historia. Me quedé sumamente atónito al oírle ventilar el derecho de propiedad, como hubiera podido hacerlo un economista, y estoy por decir, un propietario; habló de la jerarquía necesaria que la fortuna establece entre los hombres, de la obediencia á la ley establecida, de la influencia de las buenas costumbres en las repúblicas, y del apoyo que prestan las ideas religiosas al orden y á la libertad; y aun citaba como por descuido, para apoyar una de sus opiniones políticas, la autoridad de Jesucristo. Escuchándole yo, admiraba la imbecilidad de la razón humana. Si ésta es verdadera ó falsa, ¿cómo cabe descubrirlo en medio de las incertidumbres de la ciencia y de las diversas lecciones de la experiencia? Sucede un hecho nuevo que desvanece todas mis dudas. Yo era pobre, y héme aquí rico: ¡si al menos el bienestar, obrando sobre mi conducta, déjase libre mi juicio! Pero no, mis opiniones se han mudado en efecto juntamente con mi fortuna, y en el feliz acontecimiento del cual me aprovecho, he descubierto realmente la razón determinante que hasta entonces me había faltado.

La influencia del bienestar se ejerce aún más libremente en los americanos que en los extranjeros. El americano siempre há visto en su presencia el orden y la prosperidad pública encadenarse juntos y caminar con él mismo paso, no imagina que puedan vivir separadamente: nada tiene, pues, que olvidar ni debe perder, como sucede á tantos europeos, de lo que posee de su educación primera.

DE LA INFLUENCIA DE LAS LEYES EN EL MANTENIMIENTO DE LA REPÚBLICA  
DEMOCRÁTICA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Tres causas principales del mantenimiento de la república democrática.—Forma federal.—Instituciones comunales.—Poder judicial.

El fin principal de este libro es dar á conocer las leyes de los Estados Unidos. Si esto se ha conseguido, el lector ha podido ya juzgar por sí mismo cuáles son entre estas leyes las que se encaminan realmente á mantener la república democrática y las que la ponen en peligro, y si no he logrado mi propósito en todo el transcurso de la obra, aún menos lo conseguiré en un capítulo.

No voy, pues, á entrar de nuevo en el camino andado, y algunos renglones deben bastar para resumir lo dicho.

Tres cosas concurren más, al parecer, que todas las otras al mantenimiento de la república democrática en el Nuevo Mundo.

La primera es la forma federal que han adoptado los americanos y que permite á la Unión gozar del poderío de una gran república y de la seguridad de una pequeña.

Hallo la segunda en las instituciones comunales que moderando el despotismo de la mayoría, dan al mismo tiempo al pueblo el gusto por la libertad y el arte de ser libre.

La tercera se halla en la constitución del poder judicial. He demostrado cuánto sirven los tribunales para enmendar los desaciertos de la democracia, y cómo sin poder nunca atajar los movimientos de la mayoría, consiguen encauzarlos y dirigirlos.

DE LA INFLUENCIA DE LAS COSTUMBRES EN EL MANTENIMIENTO DE LA RE-  
PÚBLICA DEMOCRÁTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Más arriba he dicho que consideraba las costumbres como una de las mayores causas generales á que se puede atribuir el mantenimiento de la república democrática en los Estados Unidos.

Entiendo aquí la expresión *costumbres* en el sentido que da-

ban los antiguos á la voz *mores*, y no la aplico solamente á las costumbres propiamente dichas, que se podrían llamar hábitos del corazón, sino á las diferentes nociones que poseen los hombres, á las diversas opiniones que circulan entre ellos y al conjunto de ideas de que se forman los hábitos del espíritu.

Comprendo, pues, bajo aquella palabra, todo el estado moral é intelectual de un pueblo. Mi fin no es trazar un cuadro de las costumbres americanas; sólo me limitaré á averiguar entre ellas lo que es favorable para el mantenimiento de las instituciones políticas.

---

DE LA RELIGIÓN CONSIDERADA COMO INSTITUCIÓN POLÍTICA, Y CÓMO SIRVE PODEROSAMENTE PARA EL MANTENIMIENTO DE LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA, ENTRE LOS AMERICANOS

La América del Norte, poblada por hombres que profesaban un cristianismo democrático y republicano.—Llegada de los católicos.—Por qué en nuestros días forman los católicos la clase más democrática y más republicana.

Al lado de cada religión se encuentra una opinión política que por afinidad le es adjunta. Déjese al entendimiento humano seguir su tendencia, y arreglará de un modo uniforme la sociedad política y la ciudad divina; intentará, si me atrevo á decirlo, *armonizar* la tierra con el cielo.

La mayor parte de la América inglesa ha sido poblada por hombres que después de haberse sustraído á la autoridad del papa, no se habían sometido á ninguna supremacía religiosa; llevaban, pues, al Nuevo Mundo un cristianismo que no podré reflejar mejor que llamándole democrático y republicano: lo cual favoreció singularmente el establecimiento de la república y la democracia en los negocios. Desde el principio, la política y la religión se encontraron acordes, y después no han cesado de estarlo.

Hace alrededor de cincuenta años que Irlanda principió á derramar por los Estados Unidos una población católica. El catoli-

cismo americano, por su parte, hizo prosélitos: hoy en día se encuentra en la Unión más de un millón de cristianos que profesan las verdades de la iglesia romana.

Estos católicos muestran gran fidelidad en las prácticas de su culto, y rebosan de fervor y de celo por su creencias, y sin embargo forman la parte más republicana y más democrática que existe en los Estados Unidos, hecho que sorprende á primera vista, pero la reflexión descubre fácilmente sus ocultas causas.

Yo pienso que se hace mal en mirar la religión católica como un enemigo natural de la democracia. Entre las diferentes doctrinas cristianas, conceptúo, por el contrario, que el catolicismo es una de las más favorables para la igualdad de condiciones, pues entre los católicos la sociedad religiosa no se compone más que de dos elementos: el sacerdote y el pueblo; sólo el sacerdote se sobrepone á los fieles, y todo es igual por debajo de él.

En materia de dogmas, el catolicismo pone en el mismo nivel á todas las inteligencias; sujeta á los detalles de las mismas creencias tanto al sabio como al ignorante, lo mismo al hombre de ingenio que al vulgar; impone las mismas prácticas al rico que al pobre, las mismas austeridades al poderoso que al desvalido; no prefiere á ningún mortal y, aplicando á cada uno de los humanos la misma medida, le gusta confundir todas las clases de la sociedad al pie del mismo altar, así como están confundidas á los ojos de Dios. Si el catolicismo dispone á los fieles para la obediencia, no los prepara, en cambio, á la desigualdad. Diré lo contrario del protestantismo, el cual, por lo común, lleva á los hombres, mucho menos que hacia la igualdad, hacia la independencia.

El catolicismo es como una monarquía absoluta: quítese el príncipe, y las condiciones son más iguales que en las repúblicas. Con frecuencia ocurre que el sacerdote católico sale del santuario para penetrar como una potestad en la sociedad, viniendo á sentarse entre las jerarquías sociales; allí algunas veces ha usado de su influencia religiosa para asegurar la duración de un régimen político, al cual era afecto, y también se han podido ver católicos partidarios de la aristocracia, por espíritu de religión. Pero una vez que los sacerdotes son separados ó se separan del gobierno, como lo hacen en los Estados Unidos, no hay hombres que por sus creencias estén más dispuestos que los sacerdotes católicos á



transportar al mundo político la idea de la igualdad de condiciones.

Según lo dicho, si los católicos de los Estados Unidos no se ven arrastrados violentamente por la naturaleza de sus creencias hacia las opciones democráticas y republicanas, al menos no las son naturalmente contrarios, y su posición social, lo mismo que su corto número, les hace ley el abrazarlas.

La mayor parte de los católicos son pobres, y necesitan que todos los ciudadanos gobiernen para llegar ellos mismos al gobierno; son pocos, y necesitan que se respeten todos los derechos para tener garantido el libre ejercicio de los suyos. Estas dos causas les mueven, aun sin saberlo, hacia doctrinas políticas que tal vez adoptarían con menos ardimento si fuesen ricos y preponderantes.

El clero católico de los Estados Unidos no ha procurado luchar contra esta tendencia política, antes bien, procura sincerarla. Los sacerdotes católicos de América han dividido el mundo intelectual en dos partes: en la una han dejado los dogmas revelados, sometiéndose á ellos sin discutirlos, y en la otra han colocado la verdad política, y piensan que Dios la ha abandonado allí á las libres investigaciones de los hombres. Así los católicos de los Estados Unidos son al mismo tiempo los fieles más sumisos y los ciudadanos más independientes. Se puede decir que en los Estados Unidos no hay una sola doctrina religiosa que se muestre hostil á las instituciones democráticas y republicanas. Todos los cleros tienen allí el mismo lenguaje; las opiniones están acordes con las leyes y no reina, por decirlo así, más que una sola corriente en el entendimiento humano.

Estaba yo viviendo accidentalmente en una de las más grandes ciudades de la Unión, cuando me convidaron á asistir á una reunión política, cuyo objeto era socorrer á los polacos, enviándoles armas y dinero.

Encontré dos ó tres mil personas reunidas en un extenso salón preparado de antemano para recibirlas. Al poco rato un sacerdote, vestido con sus hábitos eclesiásticos, se adelantó hacia la cátedra destinada á los oradores. El auditorio, después de descubrirse, se levantó y estuvo de pie con mucho silencio, y el eclesiástico habló en estos términos: «¡Dios todopoderoso! ¡Dios de los ejércitos! ¡Tú

que has mantenido el corazón y conducido el brazo de nuestros mayores cuando defendían los derechos sagrados de su independencia nacional! ¡Tú que los hiciste triunfar de una odiosa opresión, y otorgaste á nuestro pueblo los beneficios de la paz y de la libertad! ¡Oh, Señor!, dirige una mirada favorable al otro hemisferio; mira con piedad á un pueblo heróico que está luchando hoy, como nosotros hicimos antiguamente, por la defensa de los mismos derechos! ¡Señor, que has creado todos los hombres según el mismo modelo, no permitas que venga el despotismo á deformar tu obra y mantener la desigualdad en la tierra! ¡Dios todopoderoso, vela por la suerte de los polacos, hazlos dignos de ser libres; que tu sabiduría reine en sus consejos y esté tu fuerza en sus brazos; esparce el terror en sus enemigos, divide las potencias que traman su ruina y no permitas que la injusticia de que fué testigo el mundo hace cincuenta años, se consume hoy! ¡Señor, que tienes en tu mano poderosa el corazón de los pueblos y el de los hombres, suscita aliados á la causa sagrada del buen derecho, haz que la nación francesa se levante al fin y, saliendo del reposo en que sus jefes la retienen, vaya á combatir una vez más por la libertad del mundo!

¡Oh, Señor!, no vuelvas nunca la faz de nosotros; permite que seamos siempre el pueblo más religioso y más libre! ¡Dios todopoderoso! escucha hoy día nuestra súplica; salva á Polonia. Te lo pedimos en nombre de tu amadísimo hijo Nuestro Señor Jesucristo, que murió en la cruz por la salvación de todos los hombres. *Amén»*.

Toda la asamblea repitió: *amén*, con recogimiento.

INFLUENCIA INDIRECTA QUE EJERCEN LAS CREENCIAS RELIGIOSAS  
SOBRE LA SOCIEDAD POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Moral del cristianismo que se halla en todas las sectas.—Influencia de la religión en las costumbres de los americanos.—Respeto al vínculo matrimonial.—Cómo la religión contiene la imaginación de los americanos dentro de ciertos términos, y modera entre ellos la pasión de innovar.—Opinión de los americanos acerca de la utilidad política de la religión.—Sus esfuerzos por extender y asegurar su imperio.

Acabo de mostrar cuál es en los Estados Unidos la acción directa de la religión en la política. La indirecta me parece aún mucho más poderosa, observándose que cuando no habla de libertad, entonces enseña mejor á los americanos el arte de ser libres.

Existe una multitud innumerable de sectas en los Estados Unidos, y aunque todas se diferencian en el culto que se debe tributar al Creador, todas se hallan acordes respecto á los deberes de unos hombres para con los otros. Cada secta adora á Dios á su manera, y todas ellas predicán la misma moral en nombre de Dios. Y si es que sirve mucho al hombre como individuo el que sea verdadera su religión, no es lo mismo para la sociedad; pues ésta nada tiene que temer ni que esperar de la otra vida, y lo que más importa no es tanto que todos los ciudadanos profesen la misma religión, como que tengan una. Como quiera que sea, todas las sectas de los Estados Unidos están comprendidas en la gran unidad cristiana, y la moral del cristianismo es en todas partes la misma.

Es cosa de pensar que cierto número de americanos siguen en el culto que rinden á Dios, más sus hábitos que sus convicciones. En los Estados Unidos, por otra parte, el soberano es religioso y, por consiguiente, la hipocresía debe ser común; no obstante eso, la América es el lugar del mundo en que la religión cristiana ha conservado más verdadera potestad en las almas: no hay nada que demuestre mejor lo útil y natural que es ella al hombre, puesto que el país donde ejerce en nuestros días mayor imperio, es, al mismo tiempo, el más ilustrado y el más libre.

Queda dicho que los eclesiásticos americanos se pronuncian de un modo general en favor de la libertad civil, sin exceptuar siquiera los que no admiten la libertad religiosa, y no se les ve, sin embargo, prestar su apoyo á ningún sistema político en particular. Cuidan de mantenerse alejados de los negocios de la política y de no mezclarse en las combinaciones de los partidos, por cuya razón no se puede decir que en los Estados Unidos ejerce la religión una influencia en las leyes ni en el pormenor de las opiniones políticas, sino que dirige las costumbres y mediante el arreglo de la familia, influye en arreglar el Estado.

No tengo la menor duda en que la gran severidad de costumbres observadas en los Estados Unidos, tenga su primer origen en las creencias. La religión suele ser allí ineficaz para retener al hombre en medio del sinnúmero de tentaciones que la fortuna presenta, no pudiendo tampoco moderar en él el ansia de enriquecerse, que todo lo espolea; pero reina soberanamente en el alma de la mujer, y es ella quien forma las costumbres. Por eso la América es, seguramente, el país del mundo en que más se respeta el vínculo del matrimonio, y se ha concebido la más elevada idea y más justa de la ventura conyugal (1).

En Europa, casi todos los desórdenes de la sociedad nacen del hogar doméstico y no lejos del tálamo nupcial.

Aquí los hombres adquieren el menosprecio de los lazos naturales y los placeres lícitos; el amor al desorden, la inquietud del corazón y la inestabilidad de los deseos. Agitado el europeo por las pasiones tumultuosas que turban con frecuencia su propia morada, sólo se somete con disgusto al Poder legislativo del Estado. Cuando al salir de los movimientos impetuosos del mundo político el americano entra en el seno de su familia, encuentra en ella al instante la imagen del orden y de la paz. Allá todos sus placeres son sencillos y naturales, sus regocijos inocentes y sosegados, y como llega á la dicha por la regularidad de la vida, se habitúa sin trabajo á regular tanto sus opiniones como sus gustos.

Mientras que el europeo procura escapar á sus disgustos domésticos turbando la sociedad, el americano aprende en su misma

---

(1) Algo desmienten hoy las estadísticas relativas al uso que allí se hace de las leyes de divorcio, afirmación semejante.—(N. del T).

casa el amor al orden, para llevarlo después á los asuntos del Estado.

En los Estados Unidos, la religión no regula solamente las costumbres, sino que extiende su imperio hasta la inteligencia. Entre los angloamericanos, hay unos que profesan los dogmas cristianos porque creen en ellos, y otros porque temen no aparentar esta creencia. El cristianismo reina allí sin obstáculo á voz de todos, resultando de ahí, como ya lo he dicho en otro lugar, que todo es cierto y punto concluído, en el mundo moral, aunque el mundo político parece abandonado á la discusión y á los ensayos de los hombres. Así el entendimiento humano nunca divisa delante de sí un campo ilimitado y, cualquiera que sea su atrevimiento, percibe de cuando en cuando que no debe hacer por transpasar barreras insuperables y antes de innovar, le es forzoso aceptar ciertos datos primordiales y someter sus concepciones más audaces á ciertas formas que las retardan y las detienen.

La imaginación de los americanos en sus mayores extravíos, no tiene, pues, sino un rumbo circunspecto é incierto, sus pasos no son desembarazados ni completas sus obras. Estos hábitos de circunspección se introducen en la sociedad política y favorecen peregrinamente la tranquilidad del pueblo, y también la duración de las instituciones que él se ha dado á sí mismo. La naturaleza y la circunstancia habían hecho al habitante de los Estados Unidos hombre arrojado, como es fácil juzgar cuando se ve de qué modo va en persecución de la fortuna. Si el ánimo de los americanos estuviese libre de toda traba, no se tardaría en hallar entre ellos los más atrevidos innovadores y los más implacables lógicos del mundo. Pero los revolucionarios de América se ven precisados á profesar ostensiblemente cierto respeto á la moral y la equidad cristianas, que no le permiten violar fácilmente las leyes de ellas mismas cuando contrarrestan la ejecución de los designios de ellos, y si pudiesen dar en tierra con sus escrúpulos, aún se verían contenidos por algunos parciales suyos. Hasta ahora nadie ha habido en los Estados Unidos que haya osado presentar esta máxima: que todo es permitido por interés de la sociedad, máxima impía que parece haberse inventado, en un siglo de libertad, para legitimar á todos los tiranos venideros.

Así, pues, al mismo tiempo que la ley permite al pueblo ha-

cerlo todo, la religión le impide concebirlo todo y le prohíbe atreverse á todo.

La religión, que entre los americanos nunca se mezcla directamente en el gobierno de la sociedad, debe, pues, considerarse como la primera de sus instituciones políticas, porque si no les da la afición de la libertad les facilita sobremanera su uso.

Es también bajo este aspecto como los habitantes de los Estados Unidos consideran las creencias religiosas. No sé si todos los americanos tienen fe en su religión, porque ¿quién puede leer en el fondo de los corazones? Pero estoy seguro que la creen necesaria para el mantenimiento de las instituciones republicanas. Esta opinión no pertenece á una clase de ciudadanos ó á un partido, sino á toda la nación y se observa en todas las clases de la sociedad.

En los Estados Unidos, el que algún hombre político combata á una secta no es una razón para que los miembros de ella le abandonen, pero si ataca á todas las sectas juntas, cada uno de los miembros de ellas huyen de él.

Cuando estuve en América, un testigo se presentó en un tribunal del condado de Chester (Estado de Nueva York), y declaró que no creía en la existencia de Dios ni en la inmortalidad del alma. El presidente no quiso admitir su juramento, porque, según dijo, el testigo había destruído con anticipación toda la fe que se podía tener en sus palabras (1). Los periódicos refirieron el caso sin comentarios. Los americanos confunden tan por completo en su juicio el cristianismo y la libertad, que es casi imposible hacerles comprender el uno sin la otra y entre ellos no es una de esas creencias estériles que liga lo pasado á lo presente y que parece vivir, menos que vegetar, en el fondo del alma.

---

(1) El *New-York Spectator*, del 23 de Agosto de 1831, refiere el caso en estos términos:

«The court of common pleas of Chester county (New-York) a few days since rejected a witness who declared his disbelief in the existence of God. The presiding judge, remarked that he had not before been aware that there was a man living who did not believe in the existence of God; that this belief constituted the sanction of all testimony in a court of justice, and that he knew of no cause in a christian country where a virtuess had been permitted to testify without such a belief.»

He visto á americanos asociarse para enviar eclesiásticos á los nuevos Estados del Oeste para fundar allí escuelas é iglesias, pues se teme que se pierda la religión en medio de las selvas y que el pueblo que se está educando allí no pueda ser tan libre como el del que ha salido. He hallado habitantes ricos de Nueva Inglaterra que abandonaban el país de su nacimiento con el fin de ir á erigir en las orillas del Missouri ó en las praderas del Illinois, los cimientos del cristianismo y de la libertad. Así es como en los Estados Unidos el celo religioso se caldea sin cesar en el fuego de patriotismo. ¿Pensáis que aquellos hombres obran únicamente por consideración de la otra vida? Eso es un error; la eternidad no es más que uno de sus cuidados. Si se pregunta á aquellos misioneros de la civilización cristiana, se quedará uno admirado de oírles hablar con tanta frecuencia de los bienes terrenales, y de encontrar políticos en donde no se creía hallar más que religiosos. «Todas las repúblicas americanas son solidarias unas de otras—dirán ellos;—si las repúblicas del Oeste caen en la anarquía ó sufren el yugo del despotismo, las instituciones republicanas que florecen en las márgenes del Océano Atlántico peligrarán muchísimo, por lo que tenemos interés en que los nuevos Estados sean religiosos, á fin de que nos permitan continuar siendo libres».

Tales son las opiniones de los americanos; pero su error es manifiesto, porque cada día se me prueba de manera muy docta que todo es bueno en América, excepto, precisamente, ese espíritu religioso que yo admiro, y escucho por ahí decir que nada más falta á la libertad y la felicidad de la especie humana en el lado de allá del Océano, que creer, con Espinosa, en la eternidad del mundo y defender, con Cabanis, que el cerebro segrega el pensamiento (1). En verdad, nada tengo que responder á esto, sino que quienes así se expresan no han estado en América, y lo mismo han visto pueblos religiosos que pueblos libres. A su regreso los espero.

Hay personas en Francia que consideran las instituciones republicanas como el instrumento pasajero de su grandeza. Miden con los ojos el espacio inmenso que separa sus vicios y sus miserias, del poderío y riquezas, y quisieran amontonar ruinas en este

---

(1) Esta ironía de un convencido espiritualista, resulta hoy de una graciosa infantilidad.—(N. del T.)

abismo para probar á llenarle. Tales personas son á la libertad, lo que las compañías francas de la Edad Media eran á los reyes: hacen la guerra para su propio provecho, aunque lleven los colores reales. La república siempre vivirá lo suficiente para sacarlos de su bajeza actual. No es para esos para quienes hablo; pero hay otros que ven en la república un estado permanente y tranquilo, una meta necesaria, hacia la cual las ideas y las costumbres impulsan cada día á las sociedades modernas, y que quisieran sinceramente preparar á los hombres para ser libres. Cuando estos otros impugnan las creencias religiosas, siguen sus pasiones y no sus intereses (1). Es el despotismo el que puede prescindir de la fe, y no la libertad.

La religión es mucho más necesaria en la república, que en la monarquía, que atacan, y en las repúblicas democráticas, más aun que en todas las demás. ¿Cómo, pues, dejará de perecer la sociedad, si mientras se afloja el lazo político, no se aprieta el moral?, y ¿qué se ha de hacer de un pueblo enseñoreado de sí mismo, si no está sometido á Dios? (2).

---

(1) Esta afirmación es puramente maquiavélica, si bien muy racional y útil para el hombre de Estado; pero que se aviene mal con una conciencia severa y amante de que la creencia y el acto vayan en armonía.—(N. del T.)

(2) Para ser lógicos, marchando de acuerdo con este principio, allí donde la religiosidad se entibie se debe *imponer* una religión por el Estado, y se debe considerar la religión como un instrumento de gobierno. Nada como este maquiavélico modo de pensar, exterioriza al doctrinario que había en Tocqueville.—(N. del T.)